

hiStoría Social

Núm. 81

2015

DOSSIER

DEL USO DE LAS PASIONES

Mónica Bolufer,
Carolina Blutrach,
Juan Gomis,
María Tausiet,
Gloria Espigado

HOGAR E INDUSTRIA TEXTIL

Cristina Borderías y
Llorenç Ferrer-Alòs

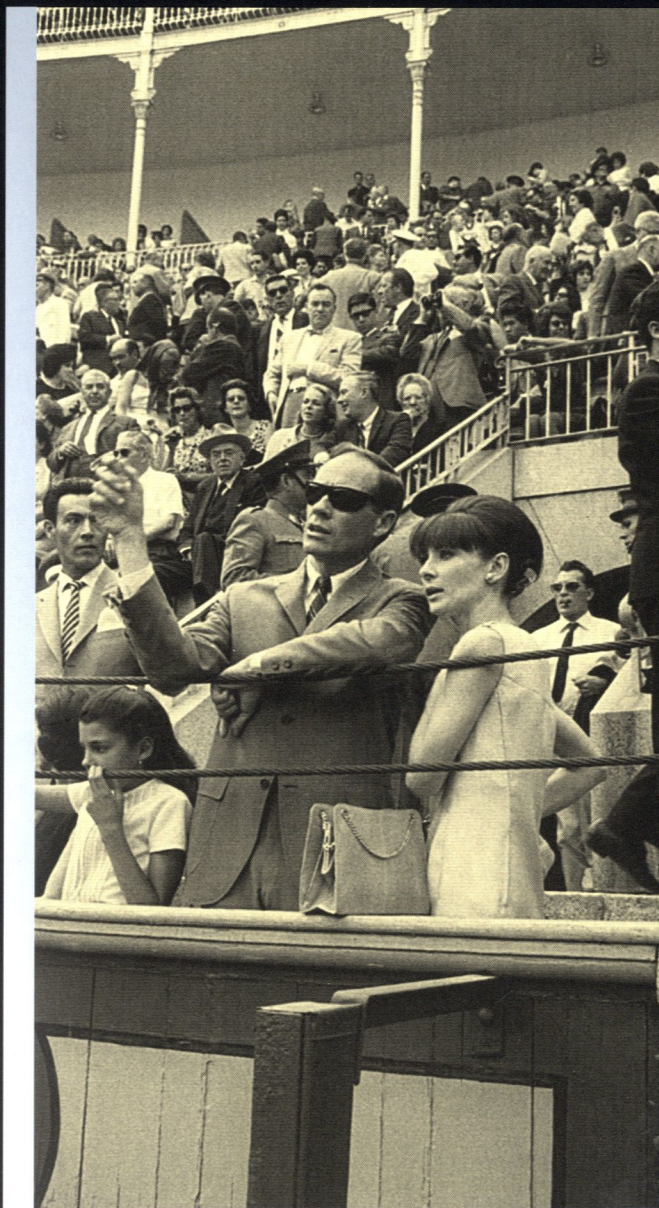
INMIGRACIÓN URBANA Y MERCADO

David Martínez López

ACTITUDES SOCIALES DURANTE EL FRANQUISMO

Claudio Hernández y
Carlos Fuertes

81



EDITA

FUNDACIÓN INSTITUTO DE HISTORIA SOCIAL

en colaboración con el CENTRO ALZIRA - VALENCIA DE LA UNED "FRANCISCO TOMÁS Y VALIENTE"

DIRECCIÓN

Javier Paniagua y José A. Piqueras

CONSEJO DE REDACCIÓN

Julián Casanova (Universidad de Zaragoza), Pere Gabriel (Universitat Autònoma de Barcelona), Ricardo García Cárcel (Universitat Autònoma de Barcelona), Mary Nash (Universitat de Barcelona), Xosé M. Núñez Seixas (Ludwig-Maximilians Universität, München), Javier Paniagua (UNED) y José A. Piqueras (Universitat Jaume I).

SECRETARÍA

Amparo Sánchez Cobos (Universitat Jaume I).

CONSEJO ASESOR (2011-2015)

Julio Aróstegui † (Universidad Complutense de Madrid), Ángel Bahamonde (Universidad Carlos III), Aurora Bosch (Universitat de València), Peter Burke (University of Cambridge), José María Cardesin (Universidade A Coruña), Diego Caro Cancela (Universidad de Cádiz), Luis Castells (Universidad del País Vasco-EHU), Santiago Castillo (Universidad Complutense de Madrid), Ángela Cenarro (Universidad de Zaragoza), Francisco Chacón (Universidad de Murcia), Javier Donézar (Universidad Autónoma de Madrid), Leon Fink (University of Illinois), Manuel González de Molina (Universidad Pablo de Olavide), Clara E. Lida (El Colegio de México), Marcel van der Linden (Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis), Carlos Martínez Shaw (UNED), Conxita Mir Curcó (Universitat de Lleida), Feliciano Montero (Universidad de Alcalá), Teresa M^a Ortega (Universidad de Granada), Bryan D. Palmer (Trent University), Juan-Sisinio Pérez Garzón (Universidad de Castilla-La Mancha), Pilar Pérez Fuentes (Universidad del País Vasco-EHU), Joaquim Prats (Universitat de Barcelona), Manuel Redero San Román (Universidad de Salamanca), Ofelia Rey Castelao (Universidade de Santiago de Compostela), Joan Serrallonga (Universitat Autònoma de Barcelona), Dale Tomich (SUNY at Binghamton), Jorge Uriá (Universidad de Oviedo), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela), Bernard Vincent (EHESS), Bartolomé Yun-Casalilla (Universidad Pablo de Olavide).

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Doris García Mera
CENTRO DE LA UNED
C/ Casa de la Misericordia, 34
46014 Valencia
Tel. 96 313 26 21 / Fax 96 350 27 11
E-mail: fihs@valencia.uned.es
Página web: <http://www.historiasocial.es>

Ilustración de la portada: Mel Ferrer y Audrey Hepburn en una corrida de toros en Málaga (1965). Agencia EFE.

I. S. S. N. 0214-2575 Depósito Legal: V. 1.579 - 1988 Imprime: Artes Gráficas Soler, S.L.

2015 (I)
Nº 81
SUMARIO

ESTUDIOS

| | |
|--|----|
| Cristina Borderías Mondéjar y Llorenç Ferrer-Alòs: <i>Hogar e industria textil. Mercado de trabajo y estrategias familiares en Catalunya (1900-1936)</i> | 3 |
| David Martínez López: <i>Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo xx</i> | 29 |
| Claudio Hernández Burgos y Carlos Fuertes Muñoz: <i>Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el franquismo (1936-1975)</i> | 49 |

DOSSIER: DEL USO DE LAS PASIONES: LA CIVILIZACIÓN Y SUS SOMBRAS

| | |
|---|-----|
| Mónica Bolufer (coord.): <i>Presentación</i> | 67 |
| Carolina Blutrach: <i>Mi alma aturrido me tiene. Las pasiones en los discursos y cartas del III conde de Fernán Núñez</i> | 73 |
| Mónica Bolufer: <i>Embridar las pasiones: civilidad y barbarie en los relatos de viajes españoles por Gran Bretaña (s. xviii)</i> | 93 |
| Juan Gomis: <i>Manzanas de Sodoma. Civilización y cultura popular: entre la contención y la atracción</i> | 113 |
| María Tausiet: <i>Emociones individuales, conmociones colectivas. Brujería y revolución en la España del siglo xix</i> | 131 |
| Gloria Espigado Tocino: <i>Pasiones políticas: la representación de la mujer política en el siglo xix</i> | 151 |

| | |
|---------------------|-----|
| Resúmenes/Abstracts | 169 |
|---------------------|-----|

| | |
|-------------------|-----|
| Autores y autoras | 173 |
|-------------------|-----|

Dossier

DEL USO DE LAS PASIONES: LA CIVILIZACIÓN Y SUS SOMBRAS

PRESENTACIÓN*

Mónica Bolufer

(Coord.)

RAZONES de oportunidad historiográfica, que no de oportunismo, impulsan este dossier. En una coyuntura en la que la llamada “historia de las emociones” goza de creciente visibilidad y predicamento, no se trata de adherirse a la última moda, sino de terciar en algunos de los debates cruciales que a propósito de ella se han suscitado, a partir de nuestro propio bagaje y nuestros interrogantes. Estos se plantean desde las experiencias y reflexiones de un buen número de historiadores e historiadoras (que quienes firman estos trabajos ejemplifican, pero en absoluto agotan) que ya hace mucho tiempo, individualmente y en colaboración, se vienen interesando por los afectos, los sentimientos, las formas de sensibilidad, experiencia y subjetividad en el pasado, partiendo de tradiciones historiográficas plurales y no reductibles a las anglosajonas (y en particular estadounidenses) hoy más difundidas.

Al elegir como título de este dossier *Del uso de las pasiones: la civilización y sus sombras*, no suscribimos de forma acrítica la idea de un control progresivo de las pasiones como signo de un progreso de la civilización, es decir, la noción de que existe una trayectoria histórica de desarrollo emocional que implicaría un mayor grado de emocionalidad en las gentes del pasado (o de otras culturas contemporáneas distintas a la occidental), por contraposición a aquellos cuyo mayor dominio de sus emociones es signo de civilización. Como en otros ámbitos de la Historia, los estudios interesados en los sentimientos y la subjetividad se han hecho eco de las críticas hacia las “grandes narrativas” que han venido a presentar el desarrollo histórico como el despliegue progresivo de una modernidad supe-

* Este dossier se inscribe en el proyecto *El proceso de civilización y la cuestión del individuo: normas, prácticas y subjetividades (siglos XVII-XIX)*, HAR2011-26129, financiado por el MINECO.

rior, la de Occidente. En este sentido, las críticas a las teorías de la modernización se han hecho extensivas a modelos como el del “proceso de civilización” acuñado por Norbert Elias, consistente en el desarrollo en Europa, a partir del siglo XII, de formas crecientemente interiorizadas de control de las pulsiones (sexuales, violentas, pasionales...), como resultado del control tendencial de las violencias privadas por parte de las monarquías y del carácter cada vez más complejo de la organización social, que tendrían como principales efectos la elevación de las barreras del pudor y la autocoacción y el desplazamiento de los conflictos sociales desde formas de enfrentamiento físico a otras de competencia simbólica. La emotividad así regulada se hace contrastar con la vida afectiva de las épocas anteriores al siglo XII, entendida como una de pasiones intensas, menos disciplinadas por parte de los propios sujetos, coincidiendo así con la visión que de ella presentara Johann Huizinga en su clásica obra *El otoño de la Edad Media* (1919; trad. cast 1930).

Para Barbara H. Rosenwein, una de las principales críticas de esos planteamientos, en el fondo de las tesis de Elias y Huizinga late lo que en una gráfica metáfora ella ha llamado un “modelo hidráulico” de las pasiones, que entiende éstas como fuerzas violentas, impulsos naturales e instintivos que brotan del interior y pueden contenerse por un esfuerzo del sujeto, reprimirse desde el exterior, fluir libremente o bien desbordarse. Como medievalista, asimismo, reprocha a ambos autores, muy particularmente a Elias, lo que considera su falta de atención a las distintas normas emocionales puestas a punto por diferentes grupos y en diversas épocas.

Sin embargo, y como ha señalado Robert van Krieken en un balance reciente, la acusada tendencia de la actual historia de las emociones a disparar sobre Elias, reprochándole una visión de la vida emotiva medieval como primitiva y propensa al exceso y un enfoque teleológico del “proceso de civilización”, no hacen justicia a la complejidad de sus planteamientos teóricos, que con frecuencia resultan distorsionados y simplificados en el esfuerzo historiográfico por dotar de respetabilidad a la nueva “historia de las emociones”, distanciándola de los que se presentan como sus predecesores menos sofisticados. Por ejemplo, más que hablar del *mayor* control de las emociones en la modernidad, Elias se refiere a la *internalización* de los mecanismos coercitivos, lo que revela la profunda influencia que sobre él tuvo el modelo freudiano de economía psíquica basada en la autorrepresión de los instintos y su sublimación (con sus costes y renunciaciones, que Freud califica de “malestar en la cultura”), y no contradice el hecho de que formas intensamente físicas de expresión de las emociones (lamentos, llantos, gritos...), lejos de constituir meros desbordamientos irracionales y espontáneos, respondan a modos rituales y socializados de control. Por otra parte, si se ha echado en cara a Elias el carácter exclusivamente europeo (más propiamente francés) de su modelo, cabe puntualizar que no presupone la universalidad del mismo, sino que, por el contrario, lo enraíza en la lógica social y política de un espacio y un tiempo dados, dejando potencialmente abierta la posibilidad de otras configuraciones, otras formas de civilización. Mayores reparos suscita entre quienes trabajamos desde la Historia el carácter antihumanista del modelo sociológico de Elias, que atribuye el protagonismo del desarrollo histórico a grandes fuerzas impersonales en la larga duración, una visión que hoy tendemos a rectificar, concediendo mayor importancia a las apropiaciones y usos prácticos que los sujetos realizan de los modelos normativos y emocionales que reciben y en los que se socializan. Pese a ello, su obra sigue ofreciendo categorías útiles con las que pensar el carácter cultural de las acciones y gestos más cotidianos, los hábitos más interiorizados, incluidos los sentimientos, deseos y afectos y aun las reacciones fisiológicas aparentemente más espontáneas (lágrimas, rubor...), que pueden ser así entendidas como prácticas históricas.

Los trabajos que ofrecemos no parten de una dicotomía esencial entre pasiones o sentimientos (naturales e instintivos) y racionalidad (entendida como producto cultural), sino

que sitúan el foco de análisis precisamente sobre la configuración cultural y efectos sociales e individuales de esa dualidad. Pretendemos destacar la potencia, pervivencia y reverberaciones de las contraposiciones entre pasión y razón, pasión y sentimiento, exceso y contención, control y desbordamiento en la cultura occidental. Sin olvidar sus raíces en el pensamiento clásico y cristiano (de los estoicos a Aristóteles, de Agustín a Tomás de Aquino), nos centraremos de manera particular en el periodo entre los siglos XVII y XIX. En ese tiempo, las palabras más usuales para designar emociones o estados anímicos eran *afectos*, *afecciones* o *pasiones*, entendidas como conmociones o perturbaciones pasajeras y por lo común indeseables. Como se ha recordado en ocasiones, en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias (1611), *passión* equivale a “perturbación del ánimo”, una definición que perdurará en el Diccionario de Autoridades, que en 1737 sigue considerándola “qualquier perturbación o afecto desordenado del ánimo” (como también “el apetito vehemente a alguna cosa” o, en Medicina, “el afecto o dolor sensible de alguna de las partes del cuerpo, que padece alguna enfermedad o desorden”), y que se mantendrá en otros diccionarios posteriores.

Entendemos que pasiones, emociones, afectos, sentimientos, lejos de ser entidades puramente naturales, constituyen experiencias vividas y prácticas ejercidas a través de la mente y el cuerpo, el lenguaje y el gesto, necesariamente dentro de los horizontes de posibilidad y volcadas en las categorías que establece una cultura dada. Pero ello no nos impide interrogarnos sobre las consecuencias que, en lo vivido y en lo narrado, tuvieron no solo los conceptos filosóficos, sino también los lugares comunes que entendían la “pasión” como una fuerza bruta, casi animal, a modelar, controlar y dirigir mediante la voluntad o refinar en forma de sentimiento. Una idea poderosa que ha ejercido y sigue ejerciendo efectos prácticos sobre la regulación social y moral de las emociones consideradas adecuadas o no (en forma, grado, circunstancias, protagonistas...), así como sobre la subjetividad, los deseos, temores y fantasías de los sujetos.

Tales ideas funcionaron en los siglos XVIII y XIX vinculadas a la noción ideal de “civilización” por entonces acuñada, de modo que permitieron distinguir y clasificar a las gentes según el variable grado de control emocional que se les suponía o atribuía. Así, por ejemplo, en Rousseau, como en los ilustrados escoceses (de David Hume a Adam Smith), el desarrollo de una economía sexual sería un ingrediente esencial del desarrollo de las sociedades: desde el puro instinto de unión física, propio de los animales o de los “salvajes” y dirigido de forma indiferenciada a cualquier ser de la misma especie y del sexo opuesto, hasta el amor romántico, que restringiría el deseo masculino a una única compañera (poco o nada se dice del deseo femenino) e incorporaría lo afectivo y moral, el enamoramiento no sólo del atractivo físico, sino de los valores y sentimientos. En las teorías sobre el progreso de la civilización, la invención del amor cortés y la del torneo se presentarán como las principales innovaciones introducidas por la caballería medieval, que permitirían sustituir el amor meramente carnal por un refinado arte del cortejo, y la violencia física por su escenificación ritual. En ese sentido, la capacidad de mantener a raya las pasiones y desplegar los afectos de forma apropiada, sin exceso ni defecto, se consideró un signo distintivo tanto de civilidad individual como de civilización colectiva. Por el contrario, la acusación de pasiones desordenadas (que equivalía a no suficientemente civilizadas y contenidas) se lanzó contra el “vulgo” y en ocasiones contra las mujeres, a las que, paradójicamente, se estimaba más inclinadas al sentimiento, a la emotividad refinada, pero al tiempo propensas al sentimentalismo excesivo. La idea del deseable control de las pasiones fue esgrimida, asimismo, por los naturales de un territorio o miembros una comunidad hacia los de otra, formando parte del debate sobre los “caracteres nacionales” y el influjo del clima y las circunstancias físicas sobre las costumbres colectivas. En los encuentros interculturales, la observación y descripción de las emociones sirvió para establecer o natu-

ralizar la diferencia entre “civilizados” y “bárbaros” o “salvajes”, invistiéndola de un valor moral y un contenido normativo.

Por otra parte y como contrapunto, la idea de que el trabajo de civilización es siempre precario y que existe en los seres humanos, aun cristianos y civilizados, un reducto de pasiones primitivas, potentes y difícilmente gobernables es un leitmotiv de la cultura europea que inspira la representación dual del “salvaje”, como un Jano bifronte cuyo carácter perturbador radica precisamente en su parecido a nosotros. El mito del “salvaje” pasional y cuasi animal inquieta, aterroriza y fascina (desde las leyendas medievales del hombre lobo a sus versiones más recientes y cinematográficas): así, la célebre novela sentimental *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, leída por toda Europa desde su primera edición en 1492, representa al deseo carnal bajo la forma de un salvaje velludo. La enunciación normativa de los principios en los que se ha hecho radicar la superioridad de lo europeo, incluido el ideal de autocontrol y moderación emocional, ha ido acompañada de una profusa elaboración literaria y artística del “salvaje” como proyección de lo reprimido y rechazado al tiempo que secretamente envidiado: una figura que revestiría los perfiles del “salvaje” interior (de los centauros, sátiros, ménades, bacantes y ninfas de la mitología griega al *homo sylvestris* medieval y el “buen salvaje” renacentista), para acabar identificándose con los indios americanos o el “feliz salvaje” de los mares del Sur.

De la preocupación por la regulación emocional en la cultura europea de los siglos XVII al XIX, pero también y sobre todo de los usos a los que se sujetó, las tensiones que trajo o generó, los márgenes de apropiación y desviación individual que pudo admitir, se ocupan los trabajos que siguen. Así, Carolina Blutrach profundiza en su análisis en tanto que exigencia y signo de distinción social, a partir de la vida y obra del III conde de Fernán Núñez. Para la aristocracia del siglo XVII que ella estudia, la contención cortesana constituiría una disciplina aprendida e incorporada, de la que, sin embargo, los sujetos concretos harían un uso práctico y relativamente flexible, jugando con su propia experiencia y con los ajustes y desajustes del modelo. De ese modo corrige visiones más impersonales, centradas en la historia de los discursos y paradigmas normativos, a favor de un enfoque inclinado a la historia de las prácticas. Un enfoque que, además, renueva los estudios sobre las relaciones clientelares de la nobleza al evitar la disyuntiva entre intereses y afectos, entre cálculo estratégico (supuestamente racional y frío) y emociones.

Por su parte, Mónica Bolufer se interesa por los usos que de la dicotomía entre “civilidad” y “barbarie” hicieron los viajeros europeos por el propio continente, centrandó su mirada en particular en los relatos de viajes españoles por Gran Bretaña. Teniendo como referencia implícita de incivilidad a los pueblos extraeuropeos (esos “caribes” o “salvajes” que emergen esporádicamente en los textos a modo de metáforas), los calificativos que remitían al salvajismo, la barbarie, la rusticidad o incluso la animalidad funcionaron para esos viajeros a modo de territorio de sombras que servía para dibujar *a contrario* el modelo de conducta civil, contenida, elegante y cosmopolita con la que pugnaban por identificarse. Con ellos descalificarían al “vulgo” a sus ojos ignorante e insolente y ocasionalmente a los rivales británicos en la pugna colonial, al tiempo que silenciaban –de forma elocuente– sus propias tensiones con un modelo de respetabilidad que tenía en el control de las pasiones su eje y justificación.

Situándose también en el marco conceptual de la cultura ilustrada y desde otra perspectiva, Juan Gomis retoma la clásica dicotomía entre cultura de elites y cultura popular para bucear en las tensiones y las ambigüedades de un modelo que rechaza las pasiones sin freno, presentándolas como puramente primitivas o bien –por el contrario– como una degeneración de los afectos naturales, corrompidos por los malos hábitos: en cualquier caso, como pulsiones opuestas a la necesaria y deseable contención, características por ello del vulgo incivilizado. Dentro de ese esquema, la literatura de cordel, denostada por

educadores, reformadores y moralistas como alimento de las más bajas pasiones, sería, junto con otros signos del comportamiento "popular" (hábitos, vestimenta, gestos, lenguaje, estilos amorosos) paradójicamente adoptada, consumida y aun exhibida por ciertos sectores de las elites sea en busca de una gratificación emocional frente a las estrictas normas de la civilidad dieciochesca, sea a modo de desafío.

María Tausiet indaga en los procesos de contagio emocional propiciados (pero no determinados, ni del todo explicados) por situaciones de conflicto político y social como fue la de la guerra de la Independencia, en la que se sitúa el episodio que analiza, un caso de supuesta posesión demoníaca colectiva en Aragón a principios del siglo XIX. Su trabajo nos muestra el rico lenguaje con que las gentes de principio del siglo XIX describían sus perturbaciones físicas y anímicas y permite reflexionar sobre la construcción y transmisión social de las emociones y sobre las complejas conexiones entre lo individual y lo colectivo, entre el conflicto interpersonal y la conmoción compartida, entendiendo así a los sujetos y sus afectos no sólo como objetos, sino como sujetos de la Historia.

Para un periodo posterior e igualmente revuelto, el del Sexenio Revolucionario, Gloria Espigado analiza el modo en que las reacciones, hostiles o sarcásticas, contra las tentativas de participación femenina en la arena de la política liberal expresaron una concepción profundamente sexuada en la que la dicotomía simbólica entre lo masculino y lo femenino vino a reforzar los límites que por entonces se estaban construyendo entre privado y público, espacio de la sociedad civil y terreno de lo político. La política parlamentaria, apoyada en el despliegue de oratoria en las Cortes, las tribunas y la prensa, fue representada (especialmente por aquellos sectores ideológicos del moderantismo distantes de las versiones más abiertas y participativas de la política liberal, pero también por los propios progresistas y demorrepublicanos) como un ámbito de las pasiones más intensas y potencialmente violentas, antítesis "por naturaleza" de la sensibilidad delicada propia y deseable en las mujeres.

Resultará, pues, evidente a quienes nos lean que nuestra apuesta no pasa por una historia de las emociones *per se*, un enfoque historiográfico encerrado en sí mismo, autoidentificado como un campo independiente o una disciplina autónoma, sino una indagación más amplia en los sentimientos, las sensibilidades, los afectos y la experiencia, firmemente asentada en una historia cultural y social de los discursos y las prácticas y abierta, en fértil cruce, a las aportaciones de la historia de género, la historia política o los enfoques biográficos.